

centes, sus mujeres y sus hijas; hasta el halcón del noble tenía presa sobre las aves del villano.

»No hay duda que los campesinos sentían profundamente todas esas heridas, porque la reivindicación del pobre contra el rico, del esclavo contra el amo es eterna, pero se pasan siglos antes que la compensación se cumpla. Algunas estrofas cantadas por los trovadores nos dan idea, sin embargo, de cuán claro era para los campesinos del siglo XII el sentimiento de las injusticias sufridas; no se hablaba de otro modo en las vísperas de las Jaquerías y de la Guerra de los Campesinos ó en el período moderno de las huelgas y del socialismo revolucionario.

»Los señores no nos hacen más que daño; de ellos no podemos esperar ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y en dolor... ¿Por qué nos dejamos tratar así? Pongámonos fuera de su poder; somos hombres como ellos... y somos además ciento contra uno... Unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros, y podremos cortar árboles, cazar en los bosques y pescar en los víveros haciendo nuestra voluntad en los bosques, en los prados y en las aguas.»

Bien se ve por ese dato histórico: hace ocho siglos, lo mismo que en el siglo actual existía una enorme desigualdad social, y era tan conocida como puede serlo en el día.

Ya por aquel tiempo había revolucionarios que iban por los pueblos y por los castillos señoriales esparciendo la idea emancipadora con la canción popular, del mismo modo que el obrero consiente de nuestros días la esparce por la palabra y por la pluma en el taller, en la fábrica, en el campo, en el mitin, en el periódico, en la revista, y en el libro, siendo para muchos infelices atávicos y misoneistas trabajo perdido.

Entonces, como ahora, se decía «unámonos, y no habrá hombre alguno que tenga señorío sobre nosotros...» Y como no se unieron, se enseñorearon los privilegiados, y ese señorío ha llegado

hasta nosotros, y le prolongan todavía los oprimidos inconscientes y abúlicos, y así se trasmirá aún á las generaciones venideras por la culpa de los que no acuden á nuestro llamamiento fraternal.

Entonces como ahora, cuando los obreros se apasionan y se matan por las fracciones que les dividen, contéplanlos con fruición los privilegiados explotadores, «seguros de poder quitarles su trigo, su vino y su ganado, sus adolescentes, sus mujeres y sus hijas».

Continuamos siendo «ciento contra uno», y á pesar de tal desproporción, siendo hombres como lo son los señores, «no recibimos de ellos más que daño; no nos pueden conceder ni razón ni justicia; son dueños de todo, y nos hacen vivir en pobreza y dolor...» Peor aún, puesto que á pesar de hallarnos amparados por una constitución democrática, todavía consigna el Código civil que pertenecen al propietario los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles, y que todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario.

Considera, lector, qué progreso se hubiera realizado en este siglo XX si los trabajadores del siglo XII hubieran atendido las excitaciones de sus trovadores: unificada la humanidad por el descubrimiento de América; universalizada la ciencia por el descubrimiento de la imprenta; destruída la Iglesia por el predominio racional del libre examen; no habiendo tenido lugar las guerras que tanta mortandad y ruinas causaron en todo el mundo; en pleno comunismo, como resultado de la educación y del avance de la sociología; teniendo cada individuo una enciclopedia en su entendimiento como determinante de su voluntad, y en posesión, por rigurosa práctica higiénica, de una salud vigorosa como expresión del tipo perfecto del ser humano; rebosando en todo y por todas partes verdad, justicia y belleza, hasta las regiones polares y los áridos arsenales de la zona tórrida, sometidos al